

LOS ÚLTIMOS DÍAS DE UNAMUNO

A modo de reseña cultural

Juan Antonio Ruescas Juárez

Acaba de ponerse a disposición de los lectores en la web de la Asociación Marcel Légaut el *Cuaderno de la diáspora* 17 (2005) que incluye un trabajo mío sobre Kierkegaard y Unamuno. Cuando preparé aquellas páginas, no se veía venir el «boom unamuniano» de estos últimos tiempos. En apenas dos años, ha aparecido un buen número de obras escritas y audiovisuales dedicadas a don Miguel. Estos trabajos son diversos en cuanto a enfoques y estilos pero, en su conjunto, han suscitado un debate sobre el final de la vida del escritor y filósofo. En efecto, se está sometiendo a discusión la versión de los hechos que podríamos llamar “oficial”, por ser, hasta hace poco, el relato generalmente asumido sobre sus últimos días.

Para dar una idea de lo mucho que se ha ofrecido al público recientemente sobre el tema, baste recordar, en cuanto a producciones audiovisuales, el documental *Palabras para un fin del mundo*, de Manuel Menchón (2020) y el largometraje *Mientras dure la guerra*, de Alejandro Amenábar (2019). En cuanto a libros, algunos trabajos muy recientes sobre el tema son: *Arqueología de un mito*, de Severiano Delgado (Sílex, 2019); *Miguel de Unamuno (1864-1936): convencer hasta la muerte*, de los hispanistas Jean-Claude y Colette Rabaté (Taurus y Galaxia Gutenberg, 2019); y *En el torbellino: Unamuno en la Guerra Civil*, también de los Rabaté (Marcial Pons Ediciones, 2018). Por otra parte, cabe destacar la reedición, hace muy poco, de un texto que Unamuno escribió en sus últimos meses, reflejo de

la compleja y angustiosa situación que entonces vivía: *El resentimiento trágico de la vida. Notas sobre la revolución y la guerra civil* (Pre-textos, 2019) ⁽¹⁾. Ante esta explosión, hace un par de meses me pareció que era de rigor rectificar una pequeña parte del contenido de aquel antiguo trabajo, donde di por válidas ciertas informaciones sobre Unamuno que hoy son, como mínimo, dudosas.

Las rectificaciones necesarias pueden exponerse en pocas líneas. En una nota del mencionado trabajo, dije que la biografía de Unamuno más autorizada es *Vida de don Miguel*, de Emilio Salcedo ⁽²⁾. Hoy, sin embargo, este juicio es discutible. En otra nota, seguí a Salcedo para narrar el famoso incidente del Paraninfo de la Universidad de Salamanca el 12 de octubre de 1936, protagonizado por Unamuno y Millán Astray ⁽³⁾. Pues bien, relatos como aquel al que me atuve entonces son precisamente los que ahora se están cuestionando. Del relato de Salcedo, en particular, no puede decirse que esté enteramente errado, pero hoy tenemos serios motivos para pensar que en más de un aspecto importante no se corresponde con la realidad.

⁽¹⁾ Este escrito se publicó hace ya bastantes años. Lo que se cita es una nueva edición crítica, a cargo de Colette y Jean-Claude Rabaté.

⁽²⁾ Emilio Salcedo, *Vida de don Miguel*, Salamanca, Anthea Ediciones, 1998. Emilio Salcedo es el seudónimo de Emilio Sánchez Arteaga. Importantes trabajos coinciden con Salcedo o citan su relato en lo relativo al final de la vida de Unamuno. Podemos recordar, por ejemplo, *Las máscaras de lo trágico*, de Pedro Cerezo (Trotta, 1996) o *Agonizar en Salamanca*, de L. González Egido (Alianza, 1986).

⁽³⁾ La cortesía obliga a ofrecer un resumen informativo de los hechos para quien los desconozca. Sin embargo, un punto hoy discutido es, precisamente, lo que ocurrió exactamente en aquella ocasión y, sobre todo, el grado de violencia del incidente. Por eso el resumen ha de ser tan neutro como sea posible. Digamos que el 12 de octubre de 1936, la Universidad celebró un acto académico y Unamuno lo presidía como Rector. Estaban presentes diversas autoridades locales, así como Carmen Polo (esposa del general Franco) y el general Millán Astray. Entre el público había legionarios y falangistas. Al parecer, las palabras de algunos oradores justificando la

La intención inicial de estas páginas no iba mucho más allá de estas rectificaciones. De modo que el asunto era, literalmente, una poquedad. Sin embargo, la redacción de lo que iba a ser una nota breve planteó algún otro tema que puede tener interés: especialmente, el de cómo recibimos los relatos que conforman nuestros imaginarios y así acompañan nuestras búsquedas. Con lo que la nota breve creció hasta convertirse en lo que ahora estás leyendo.

El documental de Menchón (*Palabras para un fin del mundo*) parte de los trabajos de Colette y Jean-Claude Rabaté para plantear una hipótesis inquietante: la muerte de Unamuno pudo no ser como se nos contó siempre. Quizá Unamuno fue “otro García Lorca”, pero con una diferencia: es posible que, al menos en términos historiográficos, su caso sea más siniestro, pues la versión oficial sobre su muerte pudo ser parte de una operación propagandística ⁽⁴⁾.

Una posibilidad que se ha planteado en los últimos tiempos es que el relato habitual fuese ficticio pero en un sentido inverso, es decir, en la línea de mistificar el incidente para que simbolizase un choque entre la cultura y la fuerza bruta. El trabajo de Menchón, sin embargo, apoya lo contrario: que

sublevación militar con referencias a la “anti-España” provocaron la reacción crítica de Unamuno (que, en principio, no tenía previsto intervenir). Entre otras cosas, dijo aquello de «vencer no es convencer» y añadió alguna otra referencia que provocó la cólera de Millán Astray, a quien se atribuyen, en ese momento, algunas proclamas, entre ellas «¡Muera la intelectualidad traidora!» (en algunas versiones, «¡Mueran los intelectuales!»). Parece que a Millán Astray lo secundó un coro de partidarios y la tensión aumentó notablemente. Unamuno salió del acto rodeado del griterío de los exaltados. Murió dos meses y medio después, el 31 de diciembre.

⁽⁴⁾ En una entrevista reciente, Menchón consideró su trabajo un “negativo” del film de Amenábar, pues *Palabras para un fin del mundo* desmonta la versión de los últimos días de Unamuno generalmente asumida hasta ahora; en cambio, Mientras dure la guerra la acepta en lo fundamental (según Menchón). La entrevista puede escucharse en el podcast independiente *Carne cruda*: https://www.eldiario.es/carnecruda/programas/unamuno-asesinado-franquismo_132_6397730.html (00:06:52 - 00:57:30).

el encontronazo se dio y que la situación fue incluso más dura de lo que se pensaba. Parece que de las palabras se pudo pasar a las metralletas y que la vida de Unamuno corrió allí un riesgo real. Así que, efectivamente, Millán Astray pudo ir mucho más lejos de lo que se creía. Es probable que los motivos de Unamuno y sus allegados para sentir temor no menguaran lo más mínimo en las semanas posteriores, y que persistieran día tras día hasta que se produjo la muerte de don Miguel. Parece que hay indicios de que lo del paraninfo fueron algo más que bravatas; pudieron ser expresión de una violencia represora que tenía toda la intención de consumarse. A este respecto, el dato más relevante es la existencia de diversas cartas de Unamuno en aquellas semanas, en las que dice que teme por su vida.

Es cierto que los mismos estudiosos que rebaten la versión “oficial” creen que nunca se hallarán pruebas de que Unamuno fuese asesinado. Pero estos mismos investigadores dicen que tal imposibilidad de obtener pruebas concluyentes no hace que la versión “oficial” pueda seguir sosteniéndose.

Menchón considera especialmente sospechosa la versión oficial sobre el día de la muerte de Unamuno. Según el realizador, dicha versión se parece más a un cuento de Dickens que a una crónica verosímil: el último día del año, mientras nieva en Salamanca, el anciano está junto al brasero y recibe la visita de un discípulo dilecto, que será testigo de sus últimas palabras y de su apagarse definitivo; el profesor parece haberse quedado dormido y en realidad ha muerto; el discípulo solo lo descubre cuando huele la zapatilla que estaba tocando el brasero y ya empieza a quemarse...

Además, dentro de la versión oficial, siempre se aceptó que un gran amigo y discípulo de Unamuno, Bartolomé Aragón, estaba presente en aquel momento y fue testigo de las últimas palabras del filósofo. Hoy, sin embargo, hay razones para sospechar que Aragón ni fue tan amigo de Unamuno ni

probablemente se contase entre sus discípulos más cercanos ⁽³⁾. Todo indica, además, que era miembro de la sección de prensa y propaganda de Falange. Pero no es sino de él de quien depende la “tradicción” sobre las supuestas últimas palabras de Unamuno: *Dios no puede abandonar a España. España se salvará porque tiene que salvarse*. La información, pues, resulta más que sospechosa, máxime si se repara en lo mucho que estas palabras se parecen al eslogan que el propio Aragón usaba en una suerte de autos de fe falangistas que, según se cree, se organizaban por entonces: *Dios por la salvación de España*.

Sin duda, todos estos debates están abiertos y lo seguirán estando. Por verosímiles que nos parezcan a los no expertos las tesis recientes que cuestionan la versión habitual de los últimos meses y días de Unamuno, tendrán que ser los investigadores profesionales quienes intervengan en los debates con más conocimiento de causa. Que el debate de los historiadores se desarrolle, pues, como tenga que desarrollarse, y que llegue a las conclusiones a las que tenga que llegar. Sean las que sean las conclusiones definitivas de tal debate, cabe plantear una pregunta: ¿en qué tipo de país pueden pasar estas cosas? Suponiendo que Unamuno pronunciase frases tan delirantes como «Dios no puede abandonar a España», ¿cómo tiene que ser un país, su imaginario colectivo, su herencia espiritual, su concepción de las relaciones entre religión y política, para que uno de sus mayores intelectuales incurra en semejante disparate? Y, si Unamuno no dijo tales cosas, ¿qué le ha pasado a un país para que, en él, vivamos tantas personas a las que, durante décadas, nos haya parecido perfectamente posible que las dijese?

Planteo estas preguntas teniendo presentes el sentimiento y el tono reflejados en una página (ya citada en su

(3) Entre los miles de cartas de Unamuno que se conservan, ninguna de ellas es para este supuesto gran amigo. Además, no existe expediente de Aragón en Salamanca.

día en los *Cuadernos de la diáspora*) en la que Julio Caro Baroja narró un hecho que puede suscitar reflexiones similares. Se trata de la desagradable experiencia de ver cómo un guardia civil se permitió entrar inquisitivo en la casa familiar de los Baroja y de paso preguntar a su tío Pío: «¿Y cómo andamos de religión?». Ello provocó la siguiente reflexión de Caro Baroja:

Después he pensado muchas veces en aquella escena y me digo a mí mismo que cuando un brigada de la Guardia Civil tiene autoridad para preguntar a un escritor famoso, de cerca de setenta años, cómo anda de religión, en el país que esto ocurre ha debido ocurrir algo gravísimo ⁽⁶⁾.

Creo que este párrafo ayuda a señalar parte de lo que es relevante en el asunto de los últimos días de Unamuno: lo «gravísimo» que ha ocurrido en un país para que en él ocurran este tipo de cosas es que la religión y la política han andado demasiado revueltas desde hace muchos siglos. Demasiado política ha sido la religión; demasiado religioso ha sido espacio público. Todo ello explica que hayan sido posibles escenas como la narrada por Caro Baroja, o que un gran intelectual haya podido llegar a decir «Dios no puede abandonar a España», o que, sin haberlo dicho, otros hayan podido inventar que lo dijo y muchos lo hayamos creído.

Llegar a darse cuenta de que algunas cosas no son tan normales como nos parecían es un proceso arduo. De nuestro anterior asentimiento ingenuo a aquellos relatos más que sospechosos sobre los últimos días de Unamuno cabría decir algo paralelo a lo que dijo Caro Baroja sobre lo que él mismo y muchos otros y consideraron normal durante un tiempo, sin serlo realmente:

⁽⁶⁾ Julio Caro Baroja, *Los Baroja*, Madrid, Taurus, 1972, pp. 361-362. El episodio se explicó más ampliamente y se comentó en el *Cuaderno de la diáspora* 29, p. 118.

¡Quién se daba cuenta de ello! Hasta que algunos de mis condiscípulos de los más inteligentes han empezado a darse cuenta de que «esto no puede ser». España ha tenido que normalizarse un poco. Y ahora, muchos años después, advierten lo que les pasaba inadvertido en 1940 o 1941, cuando, en realidad, ocurrían los mayores absurdos (7).



Miguel de Unamuno - Retrato de Ramón Casas - 1909

(7) *Ibid.*, pp. 361-362.

